

bles de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo, y la estudia sin cesar para imitarle. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco; pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo, no desprecia á nadie; solo piensa en servir á Dios, y en imitar á Jesucristo: siente no haberle conocido mas pronto, y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debéis asociaros, si quereis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debéis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos discursos, y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. A Dios, amigo mio.

CARTA XXXI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

ACABOSE por fin, y con dolor mio, amigo Teodoro, aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida: semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba, me afigia con la idea de que me quedaba uno ménos. Yo no hubiera imaginado jamas, que dias pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por experiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuán engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡O cuánto yerran, cuando se fi-

guran que la virtud es austera, y que los ejercicios de la devocion son penosos á los que los practican! Error deplorable que da tantos sectarios á los vicios. Pero por mi dicha solo la experiencia me ha enseñado, que la vida cristiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia, y con la esperanza de la vida eterna, son mas felices aun en la tierra, que los que se entregan á las pérfidas dulzuras del placer.

Así lo ha dispuesto Dios, y la razon alcanza que así es. El hombre siempre ansioso é insaciable de felicidad, desde que empieza á buscarla donde no la puede hallar, desde que ha errado el camino, á cada paso que da se extravía mas. Un placer engañoso que no le ha satisfecho, ó que le ha saciado, es un nuevo estímulo para buscar otro que no le satisface mas, ó que no le sacia ménos. La ociosidad, que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazon, la necesidad de buscar sensaciones dulces, para que le saquen de aquel letargo, y el falaz aspecto de placeres nuevos, que prometen lo que no cumplen, enredan al alma en una complicada y sucesiva cadena de errores y deseos, que la precipitan de vicio en vicio. Dichoso aquel á quien una luz temprana le ataja ántes que se despeñe, y le descubra el verdadero camino de la felicidad!

Entónces distingue mejor los objetos: entónces alcanza á ver el término de la dicha, reconoce el camino que conduce á ella, y le sigue con ardor y sin peligro. Este es ya el único deseo que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad; el tiempo que le pesaba ántes tanto, que procuraba engañarle á costa de su inocencia, entregándose á los placeres rápidos de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desórden; ya léjos de sobrarle, no le basta para las ocupaciones serias, y le llena todo con la satisfaccion de saber al fin del día que le ha empleado bien.

Los mismos ejercicios que parecen tan insoportables al profano, son los que contribuyen mas directamente á su felicidad, y á que se le pase el tiempo sin sentir; porque los que se destinan á llenar en compañía de otros y en prácticas de virtud todas las horas de su existencia, hallan en ellas mil ventajas, que no pueden tener los que viven entregados á sí mismos; y estas ventajas son tan visibles, que la razon y santa filosofia debieran reconocerlas aun sin las luces de la Religion.

Los cristianos, que unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza, marchan juntos al término que buscan, recíprocamente se esfuerzan. Solo con estar ocupados, y tener todos los momentos del día distribuidos en devotos pero varios ejercicios, destierran la ociosidad, y con ella

los vagos ó los malos pensamientos que son padres de las acciones delincuentes.

La suave fatiga del dia les procura un apacible sueño, que les preserva de muchos peligros; porque los aleja de su imaginacion. El mutuo ejemplo los fortalece, las continuas instrucciones los sostienen, y la santa emulacion los anima. Por eso las sociedades voluntarias y cristianas, léjos de ser un trabajo de que deba afligirse la naturaleza, no son otra cosa que medios prudentes y bien entendidos, que la razon inspirada de Dios ha inventado para ayudar á su flaqueza, para socorrerla, y hacerla mas fáciles los caminos del cielo.

Nada de esto habia yo comprendido hasta que ví esta santa comunidad; y no solo lo comprendí, sino que lo sentí y experimenté. Aquellos pocos dias se me pasaron como un relámpago. Y no se me escondia, que si esto sentia yo en mi corazon, sentirian mejor en el suyo este efecto divino aquellos varones santos, que habian merecido mayor gracia, y que por una larga costumbre estaban mas habituados á sus sagrados ejercicios. Pero tampoco era posible dudarlo; y me lo hacian ver con evidencia el celo ardiente, la dulce alegría y la presurosa puntualidad con que los practicaban. Su ejemplo hizo tal impresion en mi alma, que á pesar de mi corrupcion y mis vicios me reconocí lleno de ardor de imitarlos.

Quando los veia correr con tan alegre actividad á todos los establecimientos de su regla, me decia á mí mismo: ¡Dichosos vosotros, que despues de haber pasado tantos años en la inocencia, continuais siempre en buscar á vuestro Dios con tantas ansias! ¡Dichosos vosotros, que dais cada dia tantos pasos hácia la gloria, en que vuestro Dios os espera! ¡Y dichosos tambien, porque con ménos riesgos y penas que los mundanos habeis hallado la senda ménos áspera, y que un dia os encontraréis á las puertas de vuestra feliz eternidad, sin haber sentido el peso de la vida!

Inflamado con estas ideas, se las comuniqué á mi santo conductor uno de los primeros dias de aquella feliz semana, y le pedí alargase mas el término de mi residencia en su santa casa. El me respondió: Me alegro, señor, de veros en tan santa disposicion. Dios nos favorece mucho, cuando nos hace conocer las ventajas de la virtud. Para amarla es menester conocer que es amable; pero unas virtudes son mas propias de unos estados que de otros, y la santidad no es otra cosa que cumplir cada uno con las obligaciones del suyo. Estos padres, á quienes Dios hizo la gracia de sacarlos del mundo, no han dejado en él nada que les obligue á fijar allí su atencion. Libres de todo cargo han venido aquí á buscar á Dios. Se han sujetado á las prácticas

que les impone la regla, y su virtud consiste en su observancia.

Pero vos, á quien el cielo hizo señor de vassallos, y le dió hijos, criados y amigos, teneis otras obligaciones, y vuestra virtud será cumplir con ellas. Ya os habeis reconciliado con Dios, ya habeis sosegado vuestra conciencia: esto era lo esencial; así ahora debeis volver á vuestra casa y arreglarla, pensar seriamente en la educacion de vuestros hijos, cuidar de vuestros criados, y entablar una vida cristiana; y si teneis proporcion, instruir y persuadir á vuestros amigos las verdades de la Religion que Dios os ha mostrado, y sobre todo enseñar á todos con vuestro ejemplo la práctica del Evangelio.

Ved aquí, señor, las virtudes de vuestro estado y circunstancias. ¿Y quién sabe los designios de la Providencia en vuestra conversion? No es posible errar, cuando se sigue el camino que nos indica el cielo, por la situacion en que nos pone; en vez de que la senda que escoge nuestro arbitrio, puede ser obra de la ilusion ó del amor propio. Dios no estima estas virtudes momentáneas que producen un fervor súbito, y que despues suele entibiar el tiempo, y solo ama las que son estables y prudentes, las que la razon aprueba, y que el propio estado exige.

Lo único que quisiera aconsejaros es, que pues estais resuelto á pasar esta semana con nosotros,

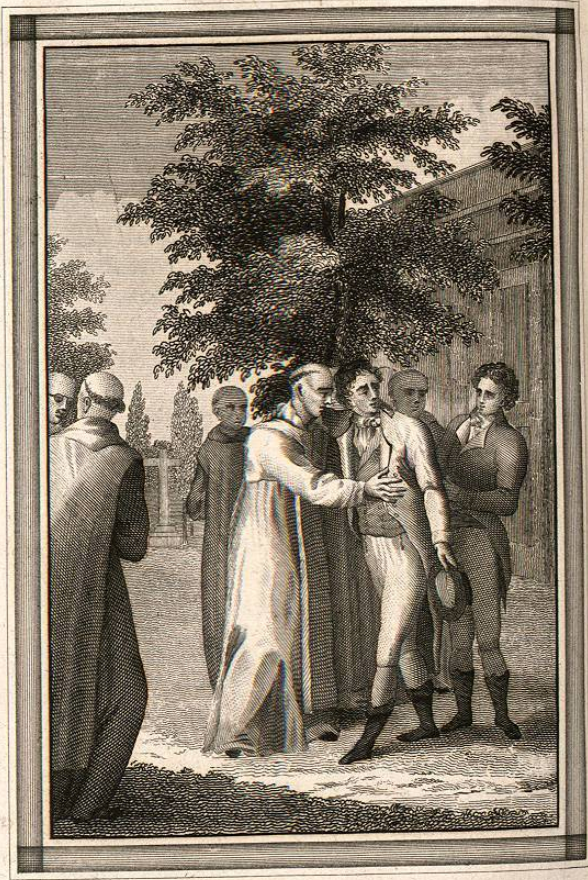
la aprovecheis, para prepararos de nuevo, y recibir otra vez el domingo, que será el último dia de nuestra compañía, los santos sacramentos. Pero yo quisiera, que esta comunión fuera pública, que la recibierais en la iglesia, para que la vieran todos, para que vuestro corazón diese á Dios este testimonio patente de religion y culto, y que este fuera el primer paso de la profesión pública de cristiano, de que debeis gloriaros en adelante. Yo me sometí á todo lo que el padre me dijo, y desde aquel instante volví á recoger mi corazón, para prepararle al augusto sacramento que debía recibir otra vez. En efecto le recibí el domingo; y debo añadir, Teodoro, que me parece, que aunque aquella comunión fué en la iglesia, y á vista de todos, me fué muy saludable y provechosa por el recogimiento y devoción que experimenté.

Cuando despues de concluidos estos santos oficios, el padre y yo volvimos á mi aposento, encontramos en él á Simon, que en conformidad de mis órdenes me vino á buscar. Su vista excitó en mí un sentimiento de pena, despertándome la idea de que venia á separarme de una compañía, y de una vida en que estaba tan bien hallado. Mi sumison á los consejos del padre me hizo ocultar esta sensación penosa. Simon me dijo, que no habia novedad en mi familia, y que todos me esperaban con impaciencia y alegría.

Yo dije al padre, que por lo ménos aquel día era mio, y que pues estaba resuelto á partir en él, siquiera me permitiese pasarlo todo en aquella casa, y partir al anochecer.

El padre condescendió, añadiéndome: Pues hoy es día de recreacion, los padres bajarán esta tarde á la huerta, y tendrán el gusto de veros; y así podréis tambien, hablando con ellos, edificaros de nuevo con la sinceridad y uncion de sus santos discursos. Simon nos pidió permiso para acompañarnos á todo. Yo lo extrañé, sabiendo que estas ocupaciones no podian ser de su gusto; pero me pareció, que por un lado la curiosidad, y por otro el temor de no saber qué hacer si se quedaba solo, le hacian determinarse á venir con nosotros; y habiendo manifestado el padre que no habia en esto dificultad, le permitió que nos acompañara.

En efecto nos siguió á todo, y cuando llegó la hora de ir á la huerta, fuimos todos juntos. Aquellos benditos padres volvieron á rodearme, dándome nuevas muestras de aquel amor universal con que aman á Dios en todas sus criaturas, y que tiene tanto carácter de santidad. Yo volví á sentirme enternecido de ver tanta benevolencia y atencion en favor de un indigno que no merecia besar la tierra que pisaban. Nuestra conversacion fué muy devota, y mas animada que la primera vez.



*Apesar de mi dolor me fué necesario decir á Simon
que hiciera acercar nuestros Caballos.*

Me parecia que me trataban ya con mas cordialidad y confianza. Comprendia cuánto hubiera podido aprovechar con sus santos discursos, si los hubiera escuchado con mas frecuencia. Sentia que solo su venerable aspecto, al tiempo que me inspiraba veneracion, me infundia deseos y amor á la virtud; pero al fin llegó el momento preciso. A pesar de mi dolor, me fué necesario decir á Simon que hiciera acercar nuestros caballos; y cuando volvió á advertirme que estaban prontos, tuve que hacerme violencia para arrancarme de tan dulce sociedad.

No pude hacer tanto esfuerzo sin destrozarme el corazon, y anegarme en un diluvio de lágrimas. Todos los respetables varones mostraron la misma sensibilidad, y me vinieron á acompañar hasta la puerta. Allí se despidieron, y se dignaron de estrecharme en sus santos brazos, y yo sentí tanta confusion como consuelo de verme enlazado con tantos hombres, que eran sin duda gratos á los ojos de Dios. Yo les pedí sus oraciones. Ellos me las prometieron, y tuvieron la humildad de pedir las mias. ¡Pero cuánto me costó, Teodoro mio, arrancarme de los brazos de mi director! ¡de aquel ángel de luz destinado por el cielo para mi regeneracion! ¡de aquel mas que padre, á quien debo lo que puedo llamar mi eterna fortuna! Al fin fué indispensable; y tan lleno de amargo disgusto, como cubierto de tierno llanto, monté á caballo, y partimos.

¡Pero ay! ¡qué otras nuevas conmociones me esperaban en mi casa! Los primeros objetos que se presentaron á mis ojos, fueron mis dos hijos, víctimas hasta entónces de mi desórden y descuido. Yo los amaba, pero con amor grosero. No era mas que aquel ciego sentimiento que la naturaleza inspira aun á los brutos. Hasta entónces no los habia visto sino como renuevos de mí mismo, y como destinados á continuar mi nombre y el esplendor de mi casa. Todas mis ideas no habian tenido otro objeto, que el de criarlos y hacerlos adelantar en la educacion de caballeros, para que se presentasen en el mundo con gentileza y gracia. Todas mis atenciones se limitaban á lo que podia contribuir á su elevacion y fortuna. Estaba muy léjos de pensar en instruirlos en la Religion, y en las obligaciones de cristianos.

No pude dejar de enterrecerme cundo se me arrojaron al cuello, dándome el dulce nombre de padre. Los estreché en mis brazos, y recibí sus dulces caricias, correspondiendo con las mias. Me sentí tan conmovido, que me saltaron por los ojos dos arroyos de lágrimas. Y este llanto no era solo de ternura sino de dolor, porque yo mismo me confundia de mi ceguedad, y me acusaba de mi mucha negligencia; pues habian perdido por mi descuido mucho tiempo, y recibia que á pesar de su norta edad mi mala con-

ducta les hubiese producido alguna mala impresion.

Conocia muy bien cuán funestos son los malos ejemplos, que se graban con las primeras ideas. Pedia perdon á Dios, y le decia en lo íntimo de mi corazan: ¡O Señor de misericordia! yo pongo desde este instante bajo las alas de tu providencia estas dos juvenes plantas que me has fiado para que las cultive para tí, para que las crie en tu amor y en la guarda de tu santa ley. Perdona mi descuido pasado en favor del celo con que me propongo desempeñar tan digna confianza en lo sucesivo. Dirige al padre, y protege á los hijos.

Volviendo los ojos encontré á su ayo, que me cumplimentaba, y no pude verle, sin que me diese un vuelco el corazon. Yo habia escogido á este hombre precisamente por lo que hubiera debido alejarle. Era un ayo á la moda, hombre de algun talento, muy instruido en toda la erudicion profana; pero tambien muy propio para corromper la juventud, filósofo por orgullo, incrédulo por comodidad, ó á lo ménos indiferente en materia de Religion: con esto está dicho que era de perversas costumbres.

Su aspecto solo me hizo estremecer, considerando las manos en que habia puesto la inocencia de mis hijos; y miéntras él me hacia sus cumplimientos, yo resolvia en mi interior separarle

cuanto ántes, buscando medio de despedirle con decencia; pero entónces me pareció prudente disimular, y solo le dije, que esperaba aliviarle mucho de su aplicacion; porque conocia que mi primer deber era ocuparme seriamente en la crianza de mis hijos.

Despues vinieron á presentármese los demas criados. ¡Ay Teodoro! los mas de ellos habian sido los instrumentos ó los ministros de mi corrupcion, y todos eran testigos de mi desenfreno, pues jamas me contuvo el temor del escándalo. No pude verlos sin una especie de sentimiento penoso. Me llené de rubor, considerando que no podia volver los ojos á nadie, que no conociera toda mi pasada depravacion, y que no me causara un cierto rubor. Solo ví, y descansó mi corazon en un criado anciano, llamado Ambrosio, que habia servido á mis padres, hombre de tan buen natural, que á pesar de toda la corrupcion que yo habia introducido en mi familia, habia conservado sus costumbres antiguas, manteniéndose siempre en una vida cristiana y arreglada.

Por lo mismo habia sido siempre el objeto de nuestros desprecios, el blanco de nuestras burlas. Le teniamos por un insensato, y si yo le conservaba en mi casa, era por pura humanidad, por no despedir sin motivo á un criado de mis padres, que les habia servido muy bien, y por su

misma utilidad. Pues bien, Teodoro, este Ambrosio tan despreciado y abatido, fué entónces entre todos el único objeto que ví con satisfaccion, el único que fijó mis atenciones; ¿pero qué digo atenciones? si ya empezaba á mirarle con veneracion y respeto, ascendiente irresistible de la virtud, cuando se sabe conocerla. Necesité de prudencia para contenerme, y no mostrarle de golpe las caricias que mi corazon me inspiraba.

En fin, Teodoro, todos los objetos habian mudado de apariencia á mis ojos. Esta casa que yo habia despreciado siempre por su sencillez, me pareció por lo mismo un asilo muy oportuno para mi situacion. Los adornos brillantes, los muebles magníficos que tanto habian lisonjeado mi orgullo, me daban ahora en rostro, y no podia verlos sin enfado. Los ricos vestidos, que habian fomentado mi insensata vanidad, y con los que cubria mi corrupcion, me ocasionaron el mismo efecto. Mi mano los rechazó con horror, y escogí el mas sencillo para mi uso. ¿Quién pudo hacer tanta mudanza en mi alma? ¿Quién sino la gracia del Señor, la luz del desengaño, y la doctrina del Evangelio?

No solo sentí esta mudanza en mis gustos, sino tambien en mis opiniones. Mi transformacion fué general y tan completa, que precisamente lo que ántes apetecia ó estimaba mas, era lo que ahora me gustaba y apreciaba ménos.

Los hombres que ántes me parecían desagradables ó de poco mérito, porque no tenían este barniz ó colorido brillante, que el mundo estima tanto, ó porque no nacieron dotados de aquella viveza, perspicacia y gracias que tanto arrastran á la prevaricacion, me parecían ahora los solos que se debían estimar, cuando mejoraban el defecto de estas calidades con la prudencia, moderacion y demas virtudes.

Los hombres consagrados á los ejercicios de la Religion, que trabajan seriamente en sacar del mar del mundo y sus peligros su barca al puerto de la salud, me parecían los únicos discretos, los solos sabios, los que merecían únicamente nuestro respeto y nuestra emulacion; y al contrario los que embriagados con las falsas ideas del lujo y del orgullo, no pensaban en otra cosa que en riquezas, grandezas y placeres, me parecían insensatos, furiosos, y que ciegos corrían sin saberlo al precipicio.

Lo que mas me asombró de mí fué, que mi falsa filosofia me habia inspirado una especie de rabia homicida y feroz contra los pobres. Como en sus principios no hay moderacion, y que las pasiones trastornan hasta las ideas mas sanas, llevándolas á un extremo en que ya no puede haber razon, yo me habia dejado seducir de un principio, que aunque justo en sí mismo, le hacia odioso el exceso de su aplicacion. Yo sabia, que na-

da es tan útil al estado como el que todos trabajan; que la ociosidad es un mal, y que seria util extirparla. Yo repetía las máximas triviales de los sofistas, de que no se debe dar limosna; pues si nadie la diera, no la pedirían los holgazanes; y adquirí con estas ideas inhumanas una aversion tan inflexible, que cuando se me presentaba un pobre, le veía con indignacion, y le rechazaba con dureza.

Pero no me hacia cargo de que mientras el gobierno no los recoge y les procura socorrer, es indispensable socorrerlos, y que si hay muchos pobres fingidos que pudieran trabajar, hay otros verdaderos que no pueden; que en la duda, mejor es dar al que no lo merece, que dejar de socorrer al que lo necesita, y aunque nada necesita tanto de ilustracion y prudencia, como el uso y la aplicacion de la limosna, esta distribucion que debe ser bien entendida, no debe degenerar en rigor; que Jesucristo nos ha mandado dar lo superfluo; que yo no era juez de la causa pública, y sobre todo, que nadie me daba derecho para tratar á los infelices con dureza tan bárbara.

En verdad, Teodoro, que ahora que lo considero, no comprendo qué es lo que ha podido tenerme tanto tiempo en una ilusion tan odiosa, dando á mi corazon sentimientos tan inhumanos. ¿Será que el aspecto de la miseria importunaba á mi amor propio, y queria alejarla de mi vista?

¿Será que endurecido con mis vanidades y placeres me habia hecho insensible á los males ajenos? ¿Será que no pareciéndome nada bastante para satisfacer mi orgullo y contentar mis caprichos, una secreta codicia me detenia la mano, y cubria su injusticia con tan viles pretextos? ¿Será en fin, que duro é insensible á toda humanidad, mi corazon era de acero para los otros hombres? No lo sé, amigo; pero temo que sea todo esto junto.

Lo que sé es, que desde que la luz del Evangelio brilló en mi alma, de repente, y sin ninguna nueva reflexion, se dispararon estas inhumanas ilusiones, que sentí toda la iniquidad de mi conducta, y que tuve horror y vergüenza de mí mismo. Como si Dios me hubiera querido mostrar lo absurdos que eran mis sentimientos, y lo opuestos que eran á su divina ley, me ha hecho reflexionar en los sentimientos de compasion con que los trataba Jesucristo. Y me horrorizo de mi dureza, cuando me acuerdo que el mismo Señor decia: Lo que hiciéreis por uno de estos pobres, es como si lo hiciérais por mí. Sí, amigo; mi corazon se ha mudado. Ya un pobre para mí es un objeto de respeto interior. Envidio su pobreza cuando me parece que hace buen uso de ella y estimo mas sus sufrimientos y miserias, si las lleva con paciencia y resignacion cristiana, que todas las riquezas y las pompas del mundo.

Si me parece que por su edad ó su salud no debiera mendigar, le despediré con moderacion; pero no me permitiré el bárbaro desprecio con que los rechazaba. ¡Ay amigo! ¡yo he estado muy engañado, muy pervertido! Este es uno de los artículos de mi corrupcion, que me atormenta mas. Yo he tratado á los miembros de Jesucristo con tal indignidad, que su memoria es uno de los mas punzantes remordimientos de mi corazon; pero espero vengarlos en mí, y honrar en ellos á Jesucristo.

En fin, Teodoro, seria muy largo referirte por menor todos los desengaños que me ha traído esta divina luz. Lo que puedo decirte en general es, que ella me ha hecho conocer que toda mi presuncion era ridícula, que mi ciencia era ignorancia, y que estaba lleno de errores; que las ideas de mi entendimiento eran absurdas, y las pasiones de mi corazon viles y corrompidas, que yo procuraba cohonestarlas con los sofismas de una filosofia temeraria; pero que sus frívolos pretextos no me alucinaban sino porque lisonjeaban la corrupcion de mis pasiones.

Tan ciegos como yo, tan prevaricadores como yo estan todos los que viven en el mundo, cuando le estiman y aman, cuando se gobiernan por sus falsas máximas, cuando adoptan esta filosofia perniciosa: todos, Teodoro, y tambien tú mismo. El cielo te envíe la misma luz que á mí, y tú co-

mo yo te asombrarás de haberte dejado seducir de unos errores tan groseros, que no pueden resistir al menor rayo de la sana razon. El primer beneficio de la Religion es disiparlos. ¡Cuántos he perdido ya! ¡Cuántos me quedarán que perder! Este debe ser ahora el estudio de mi vida; pero volvamos á la historia.

Al otro dia de mi llegada fuí á la parroquia, conduciendo á mis hijos. Despues de haber oido con ellos la misa, pregunté por el cura, que no habia venido á verme, y me encaminé á su casa. Encontré á un anciano venerable, que me recibió con atencion y urbanidad; pero que me pareció fría y circunspecta. Su conversacion me dió la idea de que era un hombre instruido y sólido, y de que sabia unir la simplicidad de sus discursos con la seriedad de su carácter. Sentí una viva secreta satisfaccion, de que Dios me hubiese deparado un cura tan respetable. Le dije que yo era un nuevo feligres, una oveja nueva, que venia á reconocer su pastor y ponerse en su aprisco. El me respondió tibiamente; me dijo que hacia veinte años que era cura de aquella parroquia, y que se hallaba muy bien en ella. Pero aunque procuré hablarle con cordialidad y abrir muchos asuntos de conversacion, observé siempre que me respondia con sequedad, que no se prestaba á mis esfuerzos, y que no acababa de abrirse conmigo.

No era extraño, Teodoro; yo pagaba allí las deudas de mi reputacion. Despues supe, y el mismo cura me lo ha confesado, que sabia la historia de mi mala vida, que la noticia de mi llegada habia traído la de mis escándalos, que las personas juiciosas del lugar se habian affigido de mi venida, y que el buen cura se habia consternado temiendo que yo y mi familia acabásemos de romper un pueblo que él trabajaba por convertir á Dios.

Como yo ignoraba esto, iba adelante en todo lo que podia satisfacer mi curiosidad, ó darme idea para el logro de mis futuros proyectos; y supe por él que aquel lugar era muy grande, que habia en él cerca de tres mil personas de comunión, pero la mayor parte pobres; que habia algunos labradores, pocas ó ningunas artes, y mucha miseria; que su renta era corta, y que aunque él distribuia todo lo que era posible entre los pobres, como eran estos tantos, no podia socorrerlos á todos; y que esto era lo único que le hacia penosa su situacion, porque todos los dias era inútil y triste testigo de graves necesidades que no podia remediar.

Yo le respondí: El cielo me ha concedido algunos bienes de fortuna, y sé que mi obligacion es distribuirlos entre los que no los tienen. Pues la Providencia me ha conducido á este lugar, ya me ha indicado los pobres que debo socorrer, y

me presenta en nuestro pastor el órgano por quien lo debo hacer. Yo deseo, señor cura, contribuir al alivio de todos en cuanto se extiendan mis bienes. Así os pido me hagais saber todas las necesidades que interesan vuestro buen corazon, y estad seguro de que os ayudaré en cuanto alcance, y que en nada me daréis mayor gusto.

El buen cura me escuchó con atencion, y observé que me miraba como con sorpresa. Entónces no me paré á hacer reflexiones, y ocupado con la idea de que era menester darle desde luego alguna cosa para que socorriese las necesidades mas urgentes, no pensé mas que en sacar mi bolsillo. Por fortuna aquella mañana, vistiéndome, lo llené, y habia en él una cantidad razonable. Se la ofrecí al cura, diciéndole: Ved aquí este socorro ligero por ahora. Es natural que tengais necesidades que exijan un remedio pronto. Servios de esto; otra vez nos veremos mas despacio, y tomarémos medidas mas eficaces para socorrer la pobreza, ó lo que sería mejor, para desterrarla.

El cura con mucho modo tomó el bolsillo, y me dijo: El cielo, señor, os lo pagará, y debo decir os para vuestra satisfaccion, que es su providencia la que os ha inspirado. Yo estaba en este momento muy afligido, y voy á explicaros la causa. Un jornalero, hombre de bien y buen cristiano, que con su trabajo mantenía á su mu-

ger y siete hijos, y el mayor de diez años, por un accidente fatal se quebró una pierna habrá ocho dias; fui á verle, hice venir á un cirujano de la ciudad mas inmediata, fué menester pagarle, y hacer muchos gastos en los remedios necesarios. El infeliz no tenia nada. No hacia poco en mantener tristemente una familia tan numerosa, y en aquel momento en que no podia trabajar, no solo era preciso pagar los gastos de su curacion, sino hacer subsistir á él y á toda su familia. Yo lo he hecho hasta ahora, apurando mis propios medios, y los de las personas en quienes hay alguna caridad.

Pero esta mañana una de sus hijas ha venido á avisarme que su madre ha parido esta noche, y que me llama. Yo he quedado traspasado del dolor, considerando que esta pobre muger es la única que podia servir á su marido, que yace en su lecho todavía con las ligaduras, y que ahora léjos de que pueda servirle como ha hecho hasta aquí, necesita ella misma de que la sirvan, fuera de los gastos y cuidados inseparables de su situacion. Apenas tenia valor para presentarme á los ojos de esta familia desgraciada, no teniendo el menor socorro que llevarla, ni saber á quien pedirlo.

No obstante, impelido por mi obligacion, me disponia á salir por ir á verlos, quando la Providencia os ha hecho venir, y ha movido vuestro